

y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían; y, levantándose en pié, en voz alta dijo: "No consentiré yo que en mis días, y en mi presencia, se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gaiferos: ¡deteneos, mal nacida canalla! no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla:" y, diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel; y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que, si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro, diciendo: "Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta, que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda." Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses. Finalmente, en menos de dos *Credos*, dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes; huyóse el mono por los tejados de la venta; temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamás habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: "Quisiera yo tener aquí delante, en este punto, todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: ¡miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Don Gaiferos y de la hermosa Melisendra! á buen seguro, que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!—Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey Don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,  
y hoy no tengo una almena  
que pueda decir que es mia.

No há media hora, ni aun un mediano momento, que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas; y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y, sobre todo, sin mi mono, que á fe que, primero que le vuelva á mi poder, me han de sudar los dientes; y todo, por la furia mal considerada deste señor

Lam. 22.



caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, ¡que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen mas levantados sus asientos! En fin, ¡*El Caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias!" Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y dijole: "No llores, maese Pedro, ni te laments, que me quiebras el corazon; porque te hago saber, que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que, si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.—Así es, dijo Don Quijote; pero, hasta ahora, yo no sé qué tenga nada vuestro, maese Pedro.—¡Cómo no! respondió maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? ¿y con quién me sustentaba yo, sino con ellos?—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra: que Melisendra era Melisendra, Don Gaiferos Don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera; y, por cumplir con mi profesion de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al revés, nó es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego, en buena y corriente moneda castellana." Inclínósele maese Pedro, diciéndole: "No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí, el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras." El ventero y Sancho dijeron, que así lo harian; y luego, maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: "Ya se vé cuán imposible es volver á este rey á su sér primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.—Adelante, dijo Don Quijote.—Pues, por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.—No es